

pales episodios de la batalla. Una piedra conmemorativa fué erigida en el sitio en que había sucumbido Espinasse. En Ponte Vecchio, una columna rematada por una cruz fué elevada á la memoria de «los valerosos soldados de Francia que reviven en el recuerdo de la Italia reconocida.» En un osario que puede verse á la derecha del ferrocarril fueron reunidos los humildes y gloriosos restos de los que allí sucumbieron. El tiempo ha deteriorado ya estos monumentos, algo descuidados, hasta hace poco al menos, por el gobierno italiano, y descuidados ¡ay! también por nosotros que atravesamos como turistas distraídos aquellas llanuras testigos de tantos heroísmos. Al menos los habitantes del país rodean aún de algún homenaje piadoso las sepulturas que están encargados de guardar.

VI

En Milán habíase oído durante todo el día el ruido del cañoneo, pero llegó la noche sin que se supiera el resultado de la batalla. Sin embargo, la muchedumbre, ávida de noticias, llenaba las calles. A una hora muy avanzada apareció por la *porta Verzellina* un jinete que pronunció entre los grupos sólo estas palabras: «Han sido derrotados.» La alegría que esto produjo fué grande, pero el pueblo no se atrevió á manifestarla, primero por temor á una decepción y segundo por miedo al extranjero que todavía ocupaba la ciudad. Al despuntar el día, los austriacos que estaban acampados en la plaza del Castillo recogieron sus tiendas de campaña é hicieron sus preparativos de marcha y poco después desfilaron hacia el Sur y hacia el Este por la *porta Tosa* y por la *porta Romana*; entonces en todas las ventanas ondearon las banderas italianas en señal de alegría, de alegría entusiasta, pues así como los labriegos lombardos eran en el fondo más sensibles á sus cosechas destruidas y á sus intereses comprometidos que á la perspectiva de su independencia, los habitantes de Milán habían soportado siempre con impaciencia la dominación tudesca.

Mac Mahón fué el primero que llegó á la ciudad; el emperador, escoltado por su guardia, entró en ella el 8 de junio á las ocho de la mañana; y como no se le esperaba hasta mucho más tarde, la multitud que presenció el paso de su cortejo era relativamente escasa y los adornos que en las calles y en los edificios se disponían estaban todavía sin terminar. Por la tarde Napoleón volvió á presentarse en público y entonces la población puso empeño en reparar la relativa frialdad de su recibimiento. Milán hizo por Napoleón III todo cuanto una noble y rica ciudad puede hacer, para honrar á un augusto bienhechor y lo hizo con ese afecto que añade á los homenajes oficiales toda clase de manifestaciones espontáneas; así es que el soberano regresó á la quinta Bonaparte, que había escogido como residencia, entre muestras de respeto y aclamaciones delirantes. Y allí residió, no tanto para descansar como para hallar nuevos cuidados, primeramente los militares y los políticos después.

Al mismo tiempo que terminaba la brillante fiesta, retumbaba á pocas leguas al Sudeste de Milán el cañón, pero no el que celebra los regocijos, sino el que causa la muerte. Veamos lo que fué aquel combate tan sangriento como por desgracia inútil.

En la jornada del 7, el cuartel general francés averiguó que el enemigo se retiraba hacia Lodi, pero que ocupaba todavía Melegnano, la antigua Marignán, y resolvió precipitar su retirada, ora simplemente por el deseo de moverse y de asegurarse la posesión pacífica de la región milanesa, ora con la esperanza de copar la retaguardia austriaca. Tal vez también se consideró que esta marcha ofensiva hacia el Sur sería á propósito para engañar á nuestros adversarios acerca de los movimientos ulteriores de nuestro ejército, al que se pensaba desde entonces dirigir hacia el Nordeste. A consecuencia de una combinación de órdenes bastante obscura, la acción principal estuvo confiada no á los cuerpos más próximos al teatro de las operaciones, sino á Baraguey de Hilliers que había establecido su vivaque en San Pietro de Olmo, es decir, á doce kilómetros al Oeste de Milán y á veintiocho de Melegnano, designación difícil de explicar como no sea por el propósito de querer indemnizar al primer cuerpo de la inacción en que se le había tenido en Magenta. Baraguey de Hilliers había de estar apoyado en su izquierda por Mac Mahón, que saldría de Milán, y en su derecha por Niel, que estaba acampado en Corsico. Entre las cuatro y las seis de la mañana, las tres divisiones del primer cuerpo, ó sean las de Forey, Ladmirault y Bazaine, salieron de San Pietro de Olmo; la longitud de las columnas, la cantidad de bagajes, que obligaba á hacer frecuentes altos, y el calor ya muy fuerte, fueron otras tantas causas de retraso, de manera que era muy entrado el día cuando aquellas fuerzas llegaron á Milán. Después de esta ciudad, el camino se dirige en línea recta hacia Melegnano por entre terrenos bajos y arrozales, y atraviesa dos aldeas, San Donato y San Giuliano. Las divisiones Forey y Ladmirault abandonaron el camino real en San Donato y en San Giuliano respectivamente y torcieron la primera á la derecha y la segunda á la izquierda, con el doble objeto de despejar la vía principal y de envolver por todos lados las posiciones enemigas. La división Bazaine, que proseguía su marcha por la carretera, se adelantó considerablemente á las otras columnas, detenidas á menudo por las zanjas, ó retrasadas por los rodeos de los caminos laterales, de manera que á las cinco y media sólo distaba un kilómetro de Melegnano. La prudencia aconsejaba esperar por un lado á Forey y por otro á Ladmirault, y combinar nuestro movimiento, si no con Niel, que se hallaba demasiado lejos para aportar un concurso eficaz, por lo menos con Mac Mahón, que se encontraba todavía á cierta distancia y se apercibía á maniobrar contra la retaguardia del enemigo. La dificultad del ataque hacía más necesaria esta prudencia, pues si bien aquella pequeña ciudad no estaba ocupada más que por una sola brigada, la de Roden, apoyada á retaguardia por la de Boer, la excelencia de las posiciones de los austriacos compensaba su inferioridad numérica. En efecto, sus cañones enfilaban sin obstáculo toda la carretera por donde iban los nuestros, y algunos restos de fortificaciones, setos, jardines y varias grandes alquerías ofrecíanles seguros abrigos contra un adversario que avanzaría á pecho descubierto. El sol, que se inclinaba hacia su ocaso, indicaba que era menester apresurarse si no se quería dejar escapar la ocasión del combate, y en tales circunstancias el mariscal Baraguey de Hilliers mostróse más ávido de probar for-

tuna que celo de economizar la sangre de sus soldados; y contando con el valor de sus tropas, ordenó, sin esperar á nadie, el ataque inmediato. Los soldados del primer regimiento y los infantes del 33.º de línea

ciertamente una victoria, pero victoria que nos costó cerca de mil hombres fuera de combate. Los dos ejércitos combatientes aparentaron mostrarse satisfechos de aquella acción: los austriacos se felicitaron de haber



El general Baraguey de Hilliers

justificaron la temeridad de su jefe: desafiando la metralla, llegaron hasta las primeras casas, vencieron todos los obstáculos, se batieron en las casas de campo, en los jardines, en las angostas calles, y con su impetuosa obligaron al enemigo á abandonar la población. Hacia el final de la batalla, Ladmirault consiguió combinar sus esfuerzos con los del mariscal Bazaine, y á la caída de la tarde nuestras tropas se establecieron en Melegnano, sin perseguir á los austriacos que acababan de llegar á Lodi. El resumen de aquella jornada fué

mantenido su línea de retirada, y los franceses se envanecieron de haber ocupado Melegnano.

Al día siguiente de la batalla ofrecióse un espectáculo conmovedor: por la *porta Romana* salían largas filas de carruajes que iban en busca de las víctimas, y las milanesas de más alto rango se disputaron los heridos, los transportaron con infinita solicitud, los instalaron en los aposentos más lujosos de sus viviendas y, en una palabra, les rodearon de tantos cuidados, que sólo hubo de temerse una cosa y fué que los refinamientos del lu-

jo ó de la abundancia fuesen un obstáculo para la curación. Y cuando se les daba las gracias por lo que hacían, aquellas nobles damas contestaban que más habrían podido hacer por aquellos á quienes llamaban sus libertadores. Nuestros pobres soldados y aun nuestros oficiales no volvían en sí de su asombro y con delicia escuchaban los consuelos que se les prodigaban en aquella hermosa lengua italiana que no era la suya, pero tan expresiva que para entenderla basta el corazón, y á impulsos de su agradecimiento casi bendecían la herida que tan suaves manos curaban. Y aun se asegura que, trocados el patriotismo y la caridad en otro sentimiento más tierno, más de una novela nació de aquellas pasajeras relaciones. Lluvia de hierro y lluvia de flores, días de sol y de fiesta, horas ardientes de combate y de amor, agradecimiento entusiasta seguido de una larga ingratitud, todo esto fué la campaña de Italia.

El papel de libertador es casi tan difícil como el de conquistador, y en el emperador á las preocupaciones militares se juntaban las políticas. Desde Milán dirigió Napoleón III á los italianos un manifiesto que parecía más propio para excitar que para refrenar las esperanzas: en él decía que se sentía orgulloso de «contribuir á la libertad de una de las más hermosas regiones de Europa,» y añadía luego: «Uníos en un solo objetivo, la emancipación de vuestra patria; organizaos militarmente... No vengo aquí con un sistema preconcebido para destituir á los soberanos ni para imponeros mi voluntad; mi ejército no se ocupará más que de dos cosas: de contener á vuestros enemigos y de mantener el orden en el interior, y no opondrá obstáculo alguno á la manifestación de vuestros legítimos deseos.» Todo esto estaba perfectamente; pero ¿cuál sería la expresión de esos deseos? ¿Cómo se comprobaría la sinceridad de los mismos? ¿Se persistiría en considerarlos como legítimos aun en el caso de que se opusieran á los tratados é inauguraran un derecho completamente nuevo? El emperador había querido que los italianos fuesen emancipados; pero viendo el estado de cosas de Florencia, Parma, Módena y Bolonia, ¿no era de temer que antes de poco lo fuesen demasiado?

Apenas comenzada la guerra, Toscana había hecho su revolución, preparada desde hacía mucho tiempo por los libros y los folletos y por las especulaciones de los liberales florentinos que, cansados de su bondadoso soberano, aspiraban vagamente á otros destinos. Pero, con todo esto, no habría estallado nunca si no hubiese sido por los agentes piemonteses, el primero de los cuales fué el ministro acreditado por Cerdeña cerca del gran duque Leopoldo, el Sr. Buoncompagni, quien, según confesión de los propios historiadores italianos, fué en Toscana «tanto como un diplomático un agitador pacífico (1).» Las instrucciones que su gobierno le diera le recomendaban que entrara en relaciones con los liberales, que agrupara á su alrededor á todos los descontentos y que se comunicara con el comité secreto que minaba el ejército para apartarle de la obediencia á su soberano legal. El Sr. Buoncompagni tuvo por un momento ciertos escrúpulos que expuso en Turín á Cavour; pero éste se burló de ellos y sin duda logró acallarlos,

(1) Nicomedes Bianchi, *Storia documentata*, tomo VIII, página 78.

puesto que el diplomático regresó á Florencia. Y regresó allí con la misión de proponer á Leopoldo una alianza íntima entre el gobierno sardo y el gobierno granducal, mediante cual condición, decíase, sería respetada la independencia toscana. Para hacer prevalecer estas ideas el enviado piemontés invocaba el testimonio de la opinión pública, que conocía perfectamente, porque ¿acaso desde hacía dos años no venía trabajando para amoldarla á sus deseos? El ofrecimiento se reprodujo en varias ocasiones, y en una forma en la que se mezclaban hábilmente las caricias y las amenazas; pero el gran duque en un principio rehuyó toda respuesta decisiva y luego se aferró á su neutralidad, diciendo que no quería ser el lugarteniente de Austria ni el de Víctor Manuel. Esto era precisamente lo que esperaba el Piemonte.

El 27 de abril era el día en que el rechazamiento del ultimátum de Austria había de inaugurar las hostilidades; y aquel mismo día hubo en Florencia una manifestación, no tumultuosa como las de 1848, sino determinada con la previsión de una revista, de la cual fué el Sr. Buoncompagni el *great leader and director*, según la frase del ministro de Inglaterra Mr. Scarlett (2). Durante la noche, las tropas, trabajadas como el pueblo, habían adoptado la escarapela italiana. La manifestación, en la que figuraban no sólo los soldados, sino también los gendarmes, hizo un primer alto delante de la residencia del encargado de negocios sardo, quien recomendó, en muy buenas palabras, el orden y la disciplina; luego se dirigió al palacio de la legación francesa prorrumpiendo, al llegar allí, en grandes aplausos, y después pasó por delante de la legación austriaca guardando un silencio significativo, pero sin llevar más allá la protesta, porque la consigna era mostrarse prudentes, aparte de que los toscanos son poco amantes de los excesos. El gran duque, que se encontraba en el palacio Pitti, comprendía desde hacía tiempo las intrigas del señor Buoncompagni y aun se dice que, faltando á la discreción debida, llegó á calificar de desleal la conducta del gobierno sardo, lo que había provocado en Turín grandes explosiones de indignación. Habiendo dimitido el ministerio, el príncipe había llamado recientemente al Sr. Corsini, marqués de Lajatico, y había al mismo tiempo congregado al cuerpo diplomático, sea para pedirle consejo, sea para atestiguar ante él la justicia de su causa; pero el marqués de Lajatico, que se había puesto de acuerdo con el Sr. Buoncompagni, declaró que no podía encargarse del poder sino mediante la alianza con Cerdeña, aconsejando luego al príncipe que abdicara. El gran duque, envuelto por todos lados, no quiso que el drama que empezaba terminara en tragedia, pues no era este el temperamento de su pueblo ni el suyo propio; así es que con toda tranquilidad mandó arreglar sus equipajes y á las siete de la noche salió por la carretera de Bolonia pasando por entre una multitud más curiosa que hostil, porque se le echaba en cara su origen, que era sospechoso, pero no sus actos que nunca fueron los de un tirano.

El Sr. Buoncompagni, que había preparado muy suavemente el fin del régimen granducal, evitándole la agonía, presidió por la noche la organización de un

(2) Informe de Mr. Scarlett, 29 de abril (*Further correspondence respecting the affairs of Italy*, pág. 12).

nuevo poder. Pero aún hizo más: habiéndole sido ofrecida la dictadura al rey Víctor Manuel, y habiéndola éste aceptado para mientras durase la guerra, el diplomático se convirtió en gobernador y fué, con carácter provisional, comisario extraordinario en nombre del Piemonte. El ejercicio de esta dignidad proporcionóle, al parecer, más desazones que triunfos: costóle gran trabajo, por de pronto, encontrar colaboradores, pues todo el mundo se excusaba, unos por desconfianza en el porvenir, otros por temor á los peligros y otros por miedo de una reacción (1); y así transcurrieron doce días antes de que pudiera formarse un ministerio, cuyo miembro más importante fué un florentino, de vieja estirpe, el barón Ricasoli. En el entretanto, vióse desembarcar en Livorno aquel misterioso quinto cuerpo mandado por el príncipe Napoleón y cuyo destino había permanecido durante tanto tiempo ignorado. El príncipe, después de haber dejado en la alta Italia una de sus divisiones, la de Autemare, llegó á Florencia con su segunda división, la de Urich, y una brigada de caballería; é inmediatamente propalóse entre los toscanos el rumor de que Napoleón III, imitando al fundador de su raza, iba á reconstituir un reino de Etruria en provecho de su primo. Sin embargo, la actitud del comandante del quinto cuerpo habría bastado por sí sola para desmentir aquella opinión: en efecto, el príncipe, en vez de halagar á los que se consideraban ya como súbditos suyos, les amonestó severamente, ora quejándose de que no se atendiera del modo debido á las necesidades de sus regimientos, ora señalando la incuria de la administración y sobre todo no cesando de censurar la lentitud con que se reclutaban, equipaban é instruían los cuerpos de voluntarios. Estas censuras recaían sobre el comisario piemontés y á ellas se juntaron muy pronto las de Cavour, el cual escribía algún tiempo después: «Buoncompagni es demasiado blando y decididamente ya no sirve (2).»

Tal fué la revolución toscana que indudablemente había de repercutir en toda la Italia central.

El día 1.º de mayo, la duquesa de Parma, María Teresa de Borbón, se había visto obligada á abandonar su capital; pero tres días después había sido nuevamente llamada á ella, porque era buena, gobernaba conforme al interés del país y hasta resistía cuanto le era posible á las exigencias del gabinete de Viena. Esta reconquista del favor de sus súbditos que la prensa monárquica celebró entusiastamente y consideró como una contrarrevolución, no era, en el fondo, más que una corta parada en el camino de la adversa fortuna. Los austriacos, en virtud de los tratados, ocupaban Plasencia, situada á un extremo del ducado; y los piemonteses, fundándose en la conducta de sus adversarios, ocuparon en el extremo opuesto Pontremoli, primer atentado que presagiaba para un porvenir próximo una usurpación total. La infortunada princesa protestó contra aquel acto atentatorio á sus derechos soberanos; proclamó su neutralidad, palabra vana, impotente para protegerla; solicitó, sin grandes esperanzas, la ayuda de Inglaterra y, final-

mente, hizo salir de Parma á sus hijos y permaneció allí sola, conservando por deber, pero sin ilusión, la sombra de autoridad que le quedaba. Si algún día los austriacos, como medida estratégica ó por necesidad, abandonaban la Italia central, ¿qué podría ella contra la corriente de opinión tan hábilmente creada, mantenida y aumentada por Cerdeña? Su popularidad, enteramente personal, la preservaría de todo insulto y aun le valdría algunas respetuosas consideraciones; pero ni su talento ni sus virtudes salvarían el trono de su hijo.

En el Estado de Módena, las provincias de Massa y de Carrara, situadas al Oeste de los Apeninos, se habían separado en 27 de abril de la casa de Este, habiéndose realizado aquella evolución por sí sola, sin sacudidas, conforme al programa poco antes dispuesto por la Sociedad nacional, omnipotente en aquellas regiones. El día 30 de abril, cuatrocientos soldados piemonteses habían ocupado Massa y Carrara entre las aclamaciones del pueblo, trabajado desde hacía tiempo y, por otra parte, mal gobernado. El duque Francisco V no aspiraba á la independencia como la duquesa de Parma, ni era tampoco, como Leopoldo de Toscana, un déspota amante de la tolerancia y bondadoso hasta el punto de excitar la envidia de los pueblos libres; no concebía más que dos potestades en este mundo, la de Dios en el cielo y en la tierra la de Austria, de la cual se consideraba lugarteniente. Despojada de una parte de sus Estados y amenazado de perder muy pronto el resto, recurrió á Viena; pero el Sr. de Rechberg, que acababa de suceder al conde Buol y que tenía algo más que hacer que escuchar las lamentaciones de un amigo tan insignificante, le contestó distraídamente que de momento nada podía intentar en favor suyo y que más adelante se reconquistarían los territorios perdidos. Francisco V, no considerándose seguro en Módena, se retiró á Brescello en medio de un aparato bastante militar y no tanto á modo de soberano que abdica como en calidad de soldado que prepara un regreso ofensivo; ello dependería enteramente de Austria, pues si ésta salía triunfante en la lucha, el trono sería consolidado, lo propio que todos los abusos, ya que Francisco V era de los que no saben aprender ni olvidar; pero si, por el contrario, los azares de la guerra obligaban á los batallones austriacos á ponerse de nuevo bajo el abrigo del cuadrilátero, él tal vez intentaría un supremo esfuerzo, puesto que tenía algunas tropas y un tesoro bien provisto y no carecía de resolución. Y si resultaba definitivamente vencido, se retiraría como verdadero archiduque á Viena, que era patria suya tanto como Módena.

La agitación no se limitaba á los ducados, sino que se extendía hasta las Romañas. Hacía poco que Pío IX había visitado aquellas provincias y sido objeto en ellas de un entusiasta recibimiento; pero las aclamaciones habían sido más para el jefe supremo de la Iglesia que para el soberano temporal, pues el pueblo echaba en cara á los legados del papa el ser agentes de Austria. Los agentes de Cerdeña realizaban su temible propaganda en todos los ámbitos del país, distribuyendo folletos, multiplicando las afiliaciones á la *Sociedad nacional*, conquistando uno á uno á los jefes liberales, reclamando ruidosamente las reformas y luego denigrándolas si por casualidad se llevaban á cabo. Desde los comienzos de la guerra, los boloñeses vivían fuera de sus

(1) Véase Enrique Poggi, *Memoire storiche*, tomo I, págs. 5, 6-10, 11-13. — Véase también *Lettere e documenti del barone Ricasoli*, tomo III, pág. 11.

(2) *Lettere cæite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo III, página 101.

casas, y distribuidos en grupos tumultuosos bajo los arcos de las calles, espían o comentaban apasionadamente las más insignificantes noticias de la lucha. En Rávena celebrábase entonces con pompa extraordinaria las fiestas de la *Madonna del Sudore*, Virgen famosa en aquellas regiones; pero cuando llegaban los correos, el templo, lleno de fieles, se vaciaba inmediatamente y el arzobispo se quedaba solo con los chantres de la capilla de música, y aun éstos, en su turbación, alteraban o abreviaban los himnos de la Iglesia (1). Únicamente la presencia de los uniformes blancos contenía la efervescencia próxima a estallar; de suerte que si Austria se veía obligada a concentrar sus fuerzas, llevando sus batallones a la orilla izquierda del Po, nada podría impedir que los escudos pontificios fuesen destruidos en todas las Romañas, como lo serían en Módena los de la casa de Este y en Parma los de la casa de Borbón. Napoleón había podido apreciar en cada una de sus etapas, en Génova, en Alejandría, en Novara, los síntomas de la agitación que de día en día iba en aumento, y al propio tiempo habían acudido al cuartel general mensajeros de toda clase que aguzaban de mil modos el ingenio para halagarle, conquistarle ó por lo menos adivinar sus intenciones; pero en esas entrevistas el emperador, al parecer, no se salió del terreno de las generalidades. El 18 de mayo, al recibir en Alejandría al florentino Salvagnoli, á quien había visto poco antes en Compiègne, se limitó á recomendarle el mantenimiento del orden, la vigilancia respecto de los manejos mazzinianos y la actividad en completar los armamentos; repitió que la misión del príncipe Napoleón era puramente militar; y guardó silencio acerca de la futura suerte de Toscana, limitándose á preguntar, aunque discretamente, si podría ser llamada á reinar en Florencia la duquesa de Parma, á lo que Salvagnoli respondió: «Es absolutamente imposible (2).» A todo esto, dos emisarios de la duquesa solicitaron de él una audiencia, pero el emperador se excusó, pues no quería, en aquel momento, ni fomentar ni destruir ninguna esperanza. El día 21 celebró Napoleón una entrevista con Cavour, y sin descubrirle sus ulteriores intenciones afirmóle que su primo no sería el sucesor de la casa de Lorena; y el primer ministro sardo, cuyos planes habría contrariado la candidatura del príncipe Napoleón, apresuróse á tomar nota de aquella declaración y la publicó para que no pudiera ser revocable (3). Estas conversaciones se tenían á ratos perdidos y precipitadamente, pues el curso de la guerra absorbía toda la actividad del emperador, quien, ya en Milán y gozando del relativo reposo de la quinta Bonaparte, pudo fijar sus impresiones, contemplar á su sabor lo que hasta entonces le habían impedido en parte ver el tumulto de las marchas diarias y las emociones del campo de batalla. Como siempre había amado la Italia, sentíase dichoso de ser su libertador, y su *Proclama de Milán*, que así se denominó, refleja esa simpatía. En el fondo, sin embargo, algún

(1) Véase José Pasolini, *Memorie raccolte da suo figlio*, página 229.

(2) Carta de Salvagnoli á Ricasoli, 18 de mayo (*Lettere e documenti del barone Ricasoli*, tomo III, pág. 34).

(3) Véase el despacho de Cavour al Sr. de Villamarina, de 21 de mayo de 1859 (Bianchi, *Storia documentata*, tomo VIII, página 497).

disgusto turbaba su alegría: todos los informes que recibía le señalaban las ambiciones de Cavour, que le impulsaban hacia las anexiones; aquel aliado, poco ha dócil hasta la adulación, parecía tener gran prisa por hacer efectivas y aun por rebasar las estipulaciones de Plombières. Por otra parte, las noticias del teatro de la guerra anunciaban la retirada inminente de los austriacos; y apenas habrían éstos partido, acabarían de derribarse las antiguas soberanías de Parma, Módena y Bolonia; y aunque estos gobiernos de antiguo régimen importaban poco, sus caídas significarían muchas revoluciones á la vez realizadas bajo los auspicios de un príncipe que hasta entonces había patrocinado á los conservadores. La suerte de las Romañas, sobre todo, preocupaba á Napoleón: ¿que diría en Francia el partido católico?

De Francia salían, en efecto, no las protestas francas contra la guerra, pero sí los avisos respetuosos de los amigos fieles que pronosticaban estorbos próximos y acaso inextricables. Los católicos, que tantas demostraciones de amistad habían recibido del Imperio, no se figuraban que se quisiera abandonarles, y en aquellos tiempos y en los que siguieron, tuvieron la suerte de encontrar cerca de ellos, casi en los linderos de su campo, aliados que dieron á sus reclamaciones inesperada fuerza. A su alrededor agrupábanse todos los prudentes, todos aquellos que preveían de lejos las complicaciones; y este partido de la paz tenía sus defensores en el Cuerpo legislativo, en donde, con ocasión de la ley del contingente, habían llamado mucho la atención la brevedad y la reserva del ponente. Tenía también poderosos patronos en la corte, y por encima de todos ellos á la emperatriz, la cual, por devoción, por temor conyugal ó por odio á la revolución, deseaba que las hostilidades terminasen pronto ó por lo menos que quedasen cuidadosamente localizadas. Tenía además sus abogados entre la gente de negocios, que estaban desolados de ver contrariadas sus operaciones, y contaba sobre todo con valiosos apoyos en el ministerio: el Sr. Walewski, que aspiraba á abreviar la lucha, ya que sus esfuerzos no habían logrado evitarla, y el mariscal Randón, que participaba de las opiniones de su colega. En cuanto á este general, es muy dudoso que hubiese sido partidario de aquella guerra, aun dirigiéndola él; ¿qué no sería, pues, habiéndole substituído otro en la dirección? Randón preveía ya un conflicto europeo que le obligaría á proveer á la defensa del Rin y á los servicios del interior y de la Argelia; y ante estas terribles perspectivas su espíritu, más metódico que osado, se espantaba hasta llegar á turbarse. Una circunstancia especial mezclaba en sus aprensiones cierto despecho: como el emperador ejercía personalmente el mando supremo en Italia, la mayor parte de las órdenes se daban sin consultarle á él, así es que no sabía lo que pasaba y de cuando en cuando se lamentaba de ello: «Respeto, escribía en 5 de junio al mariscal Vaillant, el secreto de que Su Majestad tiene por conveniente rodear sus intenciones, y no formulo la pretensión de conocer anticipadamente los movimientos ordenados ó proyectados, pero expongo el deseo de no verme eliminado de la acción militar ejercida por la Francia (4).» Y al día siguiente pedía con

(4) *Archivos del ministerio de la Guerra.*

cierta ironía al Sr. Baroche, presidente del Consejo de Estado, que los jóvenes auditores enviados á Italia para llevar la cartera á Su Majestad, tuviesen la bondad de ir á verle á su regreso, pues esta visita podría ilustrarle acerca de lo que ocurría en el teatro de la guerra. Fácil es adivinar la respuesta que, lleno de turbación, le

De esta suerte, con las alegrías de la victoria se mezclaba el temor de las complicaciones que la victoria misma traería consigo.

A las noticias recibidas de Francia agregábanse las procedentes de otras naciones extranjeras. Prusia estaba indecisa; Alemania se mostraba abiertamente malé-



El mariscal Randón

dió el Sr. Baroche, quien jamás se habría imaginado que sus auditores fuesen personajes de suficiente talla para facilitar informes útiles á todo un mariscal de Francia. En los siguientes días continuaron las lamentaciones dirigidas, ora al mariscal Vaillant, ora al general Martimprey, quejándose de que él, el ministro de la Guerra, no tenía los estados de las bajas y no podía, por ende, dar á las familias de los expedicionarios las noticias que le pedían; de que ignoraba las situaciones de los regimientos y de que no había recibido ningún informe acerca de los anteriores combates, «todo lo cual le parecía inexplicable (1).»

(1) *Archivos del ministerio de la Guerra.*

En Inglaterra, el gabinete tory, que todavía ocupaba el poder, lamentaba la guerra y deseaba ardientemente su terminación; y únicamente Rusia nos conservaba sus simpatías. ¿Seguiría conservándolas si nos hacíamos los apóstoles de la Revolución? El emperador, bajo esta impresión, comenzó á dar oídos á los que le decían en voz baja que una guerra con una potencia conservadora como el Austria no podía ser más que un «duelo á primera sangre.» En vano la Proclama de Milán prometía la libertad á todos los italianos; en el ánimo de Napoleón habían de afirmarse muy pronto otros designios que, después de meditados en secreto, estarían quizás en forma de alguna resolución inesperada.